

Los feligreses habituales de aquí saben que mi enfoque del Adviento este año fue como un viaje o una aventura y yo traté de darnos guías para ayudarnos en nuestro camino. Todas las buenas historias de aventuras tienen períodos de preparación y momentos de acción intensa que deben ser seguidos por un período más tranquilo de descanso, recuperación y reflexión. El Adviento fue una temporada para prepararnos para nuestro encuentro con Jesús saliendo y despejando el camino de todos los obstáculos que se interponen entre nosotros y él. Ese viaje debería haber sido un poco oscuro y aterrador si lo hubiéramos hecho bien. Ahora, como María y José, hemos completado la primera etapa de nuestro viaje y hemos llegado a un lugar donde podemos descansar antes de comenzar la segunda etapa.

La Navidad es una temporada, no un día. Por favor, no regreses a casa y quites las luces navideñas, tires tu árbol y dejes de escuchar villancicos; la Navidad no termina hasta el doce de enero en el calendario moderno. Se nos da este período de tiempo extendido para detenernos, descansar y reflexionar sobre nuestras experiencias hasta ahora. La experiencia más importante es nuestro encuentro con el niño acostado en el pesebre: Jesús. Necesitamos este tiempo para apreciar plenamente el misterio de la encarnación que, en términos simples, es Dios haciéndose hombre para poder experimentar la plenitud de nuestra humanidad –excepto por la caída en el pecado– y redimiéndola a través de su muerte en la cruz. ¿Te incomoda la referencia a la crucifixión? Lo siento, pero la cruz siempre estuvo presente en la vida de Jesús, incluso en su nacimiento y antes de su nacimiento.

Esas son muchas cosas pesadas en las que pensar y es por eso que necesitamos una temporada, no un día, en el que comenzar a comprenderlas. Aproveche este tiempo para descansar de nuestras aventuras de Adviento y regocijarnos en el nacimiento de nuestro Señor. Necesitamos ese descanso porque la segunda etapa de nuestro viaje comenzará antes de que nos demos cuenta y esa etapa es el peligroso viaje a través de la Cuaresma y la Semana Santa hacia las glorias de la Pascua.

Finalmente, recuerden esto: la Navidad es la celebración del nacimiento de Jesús, Dios que se hizo hombre para salvarnos de nuestros pecados y siempre está con nosotros. Sin embargo, si Cristo naciera en mil establos, no serviría de nada si no naciera también en nuestros corazones. Que Jesús encuentre lugar en todos nuestros corazones esta Navidad.